

LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL (1929) DE JAIME TORRES BODET. BREVE ASEDIO
AL PROBLEMA DE LA NARRATIVA MODERNA

Armando Gutiérrez Victoria
El Colegio de México

En una carta de Bernardo Ortiz de Montellano a Jaime Torres Bodet, fechada el 17 de enero de 1930, en medio del trajín por las celebraciones de fin de año, el proyecto nunca realizado de un teatro de títeres y la enorme labor de edición que suponía la revista *Contemporáneos*, Montellano escribe lo siguiente:

Recibí 11 ejemplares de *La educación sentimental*, uno mío y diez para su venta. De muy buen gusto la edición[,] veo que por fin te decidiste a recordar la adolescencia, viaje que hace tiempo te inquietaba. ¿Seguirán a éste otros volúmenes? Creo que sí pues en ese ambiente interior –ya no decimos tema– tienes mucho que explorar. El estilo –dominado hace tiempo– gana en sencillez y claridad al de *Margarita...*; tiene menos adornos su traje cotidiano, duradero, ajustado a la piel de la metáfora con más comodidad. Lleno de incitaciones, de datos cercanos al recuerdo, su lectura me detiene y contiene –¡adolescencia nuestra!–. Desde luego todo está visto en profundidad, en *novela*, al punto que en el último capítulo se anuncia ya la continuidad del próximo. Ya te escribiré con más amplitud y detenimiento sobre estas cosas (Ortiz de Montellano, 1999, pp. 98-99).

A pesar de las alentadoras palabras de su amigo, la segunda novela corta de Jaime Torres Bodet tuvo, más bien, una recepción menos entusiasta –de la cual el mismo Bodet se queja en otra carta–,¹ cuando no sometida al escrutinio y, en ese sentido, a las constantes comparaciones con su antecesora: *Margarita de niebla* (1927), título que, según Guillermo

¹ “Nadie se ha ocupado en México de *La educación sentimental*. Miento. Se ocupó un joven que no conozco en *Bandera de Provincias*. Tú ya habrás visto en qué sentido. No me quejo del silencio por lo que a mí respecta. Ya estoy acostumbrándome. Me quejo porque en todos los casos sucede lo mismo. Tendríamos que tomar más una lección de compañerismo y de ayuda en los escritores de Europa. Hay que sentir cómo se sostienen unos a otros, a pesar de las hondas divergencias que puedan espiritualmente separarlos. A esto, naturalmente, deben su fuerza de cohesión” (Jaime Torres Bodet, Carta a Bernardo Ortiz de Montellano, 24 de abril de 1930, en *Sedienta soledad. Treinta y seis cartas a Bernardo Ortiz de Montellano*, pp. 69-70).

Sheridan, tuvo un éxito inusitado y “adquirió un prestigio de clásico de la nueva prosa casi de la noche a la mañana” (Sheridan 1985, p. 305).

Habría que señalar, sin embargo, que en poco más de un año tras la publicación de su primera novela corta en México, la vida de Jaime Torres Bodet se había transformado de manera significativa. Ya en España, llevado por las circunstancias a formar parte del cuerpo diplomático de la Legación Mexicana, y con el proyecto paralelo de un nuevo poemario – *Destierro* (1930)–, Torres Bodet continuó con sus preocupaciones en el ámbito de la prosa de ficción, pero ya no como parte de una iniciativa generacional, sino más bien como un interés de orden personal. Lo anterior no parece fortuito si se tiene en cuenta que, dentro del famoso “grupo sin grupo”, fue quizá Torres Bodet quien se dedicó con mucho más ahínco a reflexionar sobre este género.

En su extraordinario libro de ensayos, *Contemporáneos. Nota de crítica* (1928), Torres Bodet ocupa buena parte del volumen para indagar sobre el espíritu y la naturaleza de la nueva prosa moderna, así como sobre sus transformaciones y su necesidad de renovación. Por ejemplo, ante las acusaciones de “decadencia” de la novela, esgrimidas por Ortega y Gasset, Torres Bodet escribe lo siguiente: “La novela no es un género en decadencia. El *Ulises* de Joyce, y, más recientemente *Los monederos falsos* de Gide no son obras de decadencia. Lo único que ha entrado, no ya en decadencia, sino en un franco periodo de abandono es la novela naturalista, la novela de consumo” (Torres Bodet, 1987 p. 17). No es de extrañar tampoco que, en esta misma línea, Bodet considere indispensable abandonar muchas de las convenciones novelísticas decimonónicas en favor de la ansiada “profundidad” –ya aludida por Ortiz de Montellano en su carta–, como por ejemplo la noción de tiempo, acción y mundo narrado, y, por el contrario, enfatice más los asuntos de la

conciencia, de la memoria, y también preocupaciones como la suspensión temporal y la aparente inmovilidad de la trama (1987, p. 17).

Visto lo anterior, tampoco sorprende la afinidad que ya por estos años Torres Bodet mostró con uno de los escritores más comentados y reconocidos de inicios del siglo XX: Marcel Proust. Así pues, como se verá a lo largo de este trabajo, más que un asunto de influencias, me interesa remarcar la forma particular en que *La educación sentimental* puede ser leída no necesariamente como una continuidad con los procedimientos vanguardistas de *Margarita de niebla*, sino más bien como una nueva exploración de la prosa moderna, pero desde una órbita muy distinta a su anterior novela corta.

Los primeros contactos de Torres Bodet con Proust se dieron desde muy joven. Dice el mismo Bodet en *Tiempo de arena*, primer volumen de sus memorias, que tardó un poco en persuadirle *En busca del tiempo perdido*, pues por aquellos años de estudiante estaba imbuido por los mundos de Dostoievski y de Balzac. Sin embargo, “poco a poco, la insistencia de mis lecturas arrancó a la prosa de Proust aquel velo engañoso y superficial. Bajo el simulacro que me había repelido, al principio, en los capítulos más mundanos de *A la recherche du temps perdu* fui lentamente advirtiendo la finura del análisis psicológico, la riqueza sensible y la fuerza plástica” (2017, p. 121). Años después y con motivo de su aniversario luctuoso, Torres Bodet dedicó un extenso artículo en la revista *Contemporáneos*, en noviembre de 1928, a la obra de Marcel Proust y a los distintos estudios críticos que hasta ese momento habían sido publicados sobre ella.

Así pues, a propósito del estilo –y nuevamente polemizando con Ortega y Gasset, quien consideraba “paralítica” la narrativa de Proust en lo que atañe a la acción–, Torres Bodet menciona:

La maestría de Proust consiste, por consiguiente, en no revelar nunca el hecho esencial sino a través de la unidad escrupulosa de los incidentes que lo preparan en el ánimo de cada personaje o que lo continúan en el lector. Con objeto de expresar mejor esta idea, diré que, para Proust, no hay, ni hechos especialmente esenciales ni momentos especialmente dramáticos. Todos lo son, a su juicio, porque todos representan una igual superficie de estímulo a su sensibilidad (Torres Bodet, 1928, pp. 288-289).

No parece descabellado, pues, pensar en *La educación sentimental* como una suerte de puesta en práctica de muchas de estas inquietudes estéticas y narrativas, asimiladas tras la lectura de *En busca del tiempo perdido*, mucho más si tenemos en cuenta las fechas, las cuales abarcan apenas el lapso de un año entre la publicación de este artículo y la aparición de la novela en España, bajo el sello de Espasa-Calpe. Aunque, naturalmente, la aproximación de Torres Bodet, más que una imitación de la novela francesa, resulta por su singularidad y por su brevedad un aporte único de apropiación y aclimatación narrativa y, en esa medida, en un camino más por el cual la prosa moderna en español pudiera transitar.

Vale señalar para quien no la conozca que *La educación sentimental* cuenta, a grandes rasgos, el paso de la juventud a la edad adulta de un estudiante mexicano a inicios del siglo XX, así como el intrincado proceso de fascinación –y velado enamoramiento– con su compañero de clases, Alejandro. Estructurada a partir del recurso del cuaderno autobiográfico, la narración discurre por distintos momentos y reflexiones en torno a las relaciones humanas y los vínculos afectivos, todo visto desde la mirada retrospectiva del yo narrador. Y es precisamente este argumento con una connotación homoerótica uno de los aspectos principales que distingue la propuesta de Torres Bodet de la de Proust, quien si bien alude a la cuestión de la homosexualidad con personajes como el barón de Charlus y sus amores con Robert de Saint-Loup, así como las sospechas que pesan sobre Albertina, nunca se coloca en el centro de la trama como un elemento crítico en el vasto recorrido de su protagonista Marcel.

Ahora bien, digo homoerotismo y no homosexualidad en el caso de Torres Bodet porque, como era de esperar, el enamoramiento nunca llega a un punto climático o de unión explícita entre ambos personajes, sino que más bien queda sugerido –y ya vimos el valor que otorga Torres Bodet a la sugerencia y a los hechos en apariencia no esenciales– en distintos pasajes de la narración. Esto puede verse, por ejemplo, desde el inicio de la novela, momento en el cual el protagonista queda fascinado por primera vez ante la presencia de Alejandro, tras verlo luchar y vencer a otro de sus compañeros en una práctica de box:

Blando en el cumplimiento de sus catorce años forzosos, Alejandro era aún, entonces, demasiado débil, demasiado distinguido para su edad. Sostenía una cabeza abstracta, de ojos mojados todavía por la lluvia de una niñez reciente, sobre la rama de un cuello elegante, pero indeciso, como un vago signo de interrogación [...]. En la escena de box con que me sorprendió aquella mañana, lo que me sedujo no fue, por consiguiente, la fuerza –que todo su cuerpo, asiduo, pretendía disimular– ni la astucia que un aire de ingenuidad un poco devota velaba en sus ademanes, sino la lentitud. Sí, la lentitud y la pereza, exactas, con que cada uno de sus movimientos desplazaba en el aire el volumen adquirido de los anteriores (Torres Bodet 1929, pp. 20-23).

Así, como en una escena salida de *En busca del tiempo perdido*, el joven protagonista invita al amigo a comer a su casa, con toda la ceremoniosidad que ello implica, y no tarda en revelar al lector la causa de dicha iniciativa: “Interesado desde aquel día por situar la figura de Alejandro sobre el fondo de intimidad que consideré inmediatamente favorable a sus méritos, pedí permiso en mi casa para invitarlo alguna vez a almorzar con nosotros” (Torres Bodet 1929, p. 29).

La historia de los virtuales y velados amores con Alejandro –¿acaso a semejanza de los de Swann y Odette o los de Marcel y Albertina?– sirve simultáneamente para reflexionar sobre las relaciones familiares y el sutil desarrollo y conformación de la identidad sentimental del protagonista. En este proceso, en que se ven involucrados tanto la madre como el padre, e incluso la hermana, el tiempo juega un papel central, ya que ayuda a remarcar los distintos cambios y transformaciones a los que es sometido este yo narrador. Así, más que una mirada

nostálgica sobre el pasado, la novela propone un análisis de cómo el trato con los otros moldeó de algún modo la figura del protagonista y, en esa medida, sus efectos se distienden hasta el presente de la enunciación. Sirva como ejemplo la siguiente digresión sobre el carácter de la madre y sus efectos en el hijo:

Uno de mis mejores progresos había de consistir más tarde, por fortuna, en comprender todo lo que aquel aparente rigor contenía de pulcro, de clásico y de modestamente generoso. Tras de echar a perder muchas negativas por exceso desconsiderado de sol, el tiempo, como un fotógrafo de provincia, ha acabado por concederme, contra la pantalla de la luz envejecida en que me contemplo, una vibración espiritual, opaca, de resonancias discretas, muy parecida a la suya. Lo advierto al comparar con el único retrato suyo, que todavía conservo, la galería de mis imágenes sucesivas de niño, de adolescente y de hombre maduro (Torres Bodet 1929, pp. 30-31).

No es de extrañar, entonces, que la vasta introspección de este joven que rememora la primera vez que quedó fascinado por otra persona, no solamente se valga del análisis y la reflexión de los hechos pasados –afianzados ya por las decisiones que tomó–, sino que también introduzca las posibilidades, las dudas y los escenarios hipotéticos que no fueron, pero que, vistos desde el presente, hubieran ido a parar en otros resultados:

Si hubiera sabido expresarme entonces con las palabras con que ahora lo hago, ¿me hubiese resuelto a representarle los peligros a que una vida, una amistad o una lectura de perfecciones tan frecuentes exponen la delicadeza de una imaginación infantil? Acaso hubiera convenido, en efecto, mostrarle la urgencia de mezclar, en cantidades sutiles, el bien y el mal de las cosas para la fantasía en aprendizaje de quien por primera vez las gusta. No sé si hubiese admitido en mi boca semejantes observaciones (Torres Bodet 1929, pp. 39-40).

Hay un asunto más que quizá revela mucho mejor la atenta lectura que realizó Torres Bodet de la novela de Proust. Me refiero a esa extraña fascinación que sufre su protagonista, la cual, tras haber encontrado la reciprocidad en Alejandro, hasta el grado de confesar en algún momento: “¿Qué no vaciamos, el uno dentro del otro, durante los cuatro últimos meses de aquel sexto año de nuestra primaria?” [que en realidad hoy sería una especie de secundaria] (Torres Bodet 1929, p. 51), poco a poco comienza a atenuarse y volverse mucho

más débil. Como si el deseo o el enigma hubiesen sido saciados y en esa medida se hubiera perdido algo del enamoramiento inicial. Este fenómeno que en apariencia no resulta del todo significativo, lo es si lo consideramos desde la particular poética de Proust. Por ejemplo, leemos lo siguiente en su famoso libro de ensayos y apuntes, *Contra Sainte-Beuve* cuando rememora su entusiasmo por una condesa, vecina en su casa de infancia y quizá germen de la famosa condesa de Guermantes, personaje que tanta impresión e interés causa en el joven Marcel de su novela:

Cuando pienso hoy en la condesa me doy cuenta que tenía una especie de atractivo, pero bastaba conversar con ella para que se disipara, sin tener ella sobre el particular ni la menor conciencia. Era una de esas personas que tienen una lamparita mágica cuya luz no conocerán nunca. Y cuando se las trata, cuando se les habla, se vuelve uno con ellas, [y] ya no se ve la luz misteriosa, el pequeño atractivo, el mínimo color, y pierden toda poesía [...]. Si pensamos en las personas que hemos tenido deseos de conocer, nos vemos obligados a confesar que había entonces un algo hermoso y desconocido que hemos intentado conocer, y que desapareció en aquel instante (Proust 1971, pp. 74-75).

¿Es éste el caso de las relaciones entre el protagonista y su amigo Alejandro? Así parece ser si se tiene en cuenta que luego de compartir tanto tiempo con él, el narrador señala los sentimientos contradictorios que ya suscitaba en su yo joven: “Insensiblemente, la compañía de Alejandro había llegado a serme tan necesaria como la de una atmósfera... Pero no tan útil. Porque, al revés de lo que mis padres podían haber augurado al conocerle, su constante presencia, su ingenio y el influjo creciente de su carácter no me exaltaban: me deprimían” (Torres Bodet 1929, p. 63). Así, tras un distanciamiento y aparente olvido del amigo a causa de unas vacaciones familiares en Cuautla, el protagonista comienza a desarrollar un nuevo interés, pero esta vez a causa de una joven vecina de aquella casa de campo, y sobre la cual no tarda en remarcar sus características “masculinas” o al menos ambiguas, vistas desde la perspectiva de este adolescente (1929, pp. 88-89).

Por cuestiones de extensión he dejado fuera de este análisis otros tantos problemas y características significativas que valdría la pena atender en el estudio de este título; como por ejemplo el asunto con el lenguaje y el estilo, a medio camino entre la sintaxis hiperbólica y envolvente de Marcel Proust y las imágenes y metáforas, quizá todavía influidas por la poesía y la prosa de vanguardia, aunque en mucha menor medida que en *Margarita de niebla*. No obstante, tras este sucinto asedio, he intentado remarcar la apuesta de Torres Bodet por explorar otras tradiciones y otras posibilidades de la prosa de ficción en el cambio de siglo. Así pues y para finalizar, no está de más reiterar la otra gran distinción que añade el mexicano con su novela: la brevedad. No se trata de la magna obra de Proust, con ese afán totalitario – y tal vez todavía decimonónico– por abarcar lo más posible el tiempo y el espacio; se trata, más bien, de una suerte de impresiones y episodios breves que, con la cortedad de su trazo, saben delinear el carácter y los conflictos internos de este narrador que vuelve sobre sus años de estudiante y sobre sus primeros amores.

Gracias

Fuentes

- Ortiz de Montellano, B. (1999). *Epistolario*. Edición, prólogo, notas e índices de María de Lourdes Franco Bagnouls. UNAM.
- Proust, M. (1971). *Ensayos literarios I. Contra Sainte-Beuve*. Edhasa.
- Sheridan, G. (1985). *Los contemporáneos ayer*. Fondo de Cultura Económica.
- Torres Bodet, J. (1987). *Contemporáneos. Notas de crítica*. Prólogo de Jorge von Ziegler. UNAM-Universidad de Colima.
- Torres Bodet, J. (1929). *La educación sentimental*. Espasa-Calpe
- Torres Bodet, J. (2017). *Memorias I. Tiempo de arena/ Años contra el tiempo/ La victoria sin alas*. Fondo de Cultura Económica.
- Torres Bodet, J. (1928), “Motivos. Aniversario de Proust”, *Contemporáneos*, no. 6, noviembre de 1928, pp. 280-291.
- Torres Bodet, J. (2003). *Sedienta soledad. Treinta y seis cartas a Bernardo Ortiz de Montellano*. Edición, prólogo y notas de Lourdes Franco Bagnouls. UNAM.